

El cabildo

Si caminando por la vieja Buenos Aires nuestros pasos nos llevaban a la vereda del Cabildo inmediatamente debíamos dejarla ya que estaba prohibido caminar por ella a no ser que se tuviera la contraseña. Si algún distraído o extranjero recién llegado decidía continuar por ahí, en vez de embarrarse por la calle, era inmediatamente detenido por un centinela quien con cara de pocos amigos decía “¡Alto! ¿quién vive?”, con lo cual se entendía que el transeúnte debía apurarse a dar la contraseña. Pobre de aquel que no la dijera rápido: en el mejor de los casos era empujado a culatazos hasta el barro de la plaza; en el peor, al calabozo. Claro que pocos eran los que no se apuraban, la más de las veces eran extranjeros que no conocían la prohibición y, al no imaginar contraseña tan *sui generis*, optaban por la corriente en todo el mundo “*Vive el Rey*” o “*la Patria*” (según fuera el país un reino o no). Y aquí la cosa se complicaba ya que el centinela, haciendo oídos sordos, repetía la pregunta esperando que el aventurado peatón dijera “*Gente*”, a lo cual él replicaría “¿*Qué gente?*” para que el interrogado respondiera “*Paisano*” y todos contentos. Inimaginable para un extranjero, la contraseña del Cabildo siempre traía problemas; complicada para los porteños, era siempre evitada junto con su vereda.

Hoy, después de tantos años de verlo como ornamento de la Plaza de Mayo, detengámonos un poco en el Cabildo. Nunca fue la sede del gobierno, como es común suponer: el virrey y más tarde los directores supremos y presidentes residieron siempre en el Fuerte. En el Cabildo funcionaba el Ayuntamiento, la Justicia y, por lo tanto, la cárcel. Cuenta José Antonio Wilde que en el frente hubo dos inscripciones que decían “Cabildo de 1711” y “Casa de Justicia”, ambas destruidas por un rayo. En la torre estaba la histórica campana con la cual se anunció el triunfo de la Revolución y un reloj enorme que nunca estaba en hora. En los sótanos se encontraba la cárcel de mujeres cuyas rejas daban a la calle Yrigoyen permitiendo que las presas se asomaran medio desnudas a pedir limosna o decir cosas descaradas a los paseantes. Ese Cabildo histórico no es el mismo que hoy vemos, no sólo porque se le demolieron los arcos laterales para dar paso a la Avenida de Mayo y a la Diagonal Sur, sino también porque años antes de esta mutilación, ya había perdido su torre (con su histórica campana) y su fachada española: por el año 1880 sufre una serie de cambios que lo convierten en un edificio de línea italiana. Esto se mantuvo hasta 1936, cuando se decidió devolverle su imagen hispánica. Para ello debieron reciclar rejas y puertas, de las casas demolidas en San Telmo y reconstruir planos en base a las pinturas para darnos la réplica que ahora tenemos.